



XI

EL Magistral era gran madrugador. Su vida llena de ocupaciones de muy distinto género, no le dejaba libre para el estudio más que las horas primeras del día y las más altas de la noche. Dormía muy poco. Su doble misión de hombre de gobierno en la diócesis y sabio de la catedral le imponía un trabajo abrumador; además, era un clérigo de mundo; recibía y devolvía muchas visitas, y este cuidado, uno de los más fastidiosos, pero de los más importantes, le robaba mucho tiempo. Por la mañana estudiaba filosofía y teología, leía las revistas científicas de los jesuitas, y escribía sus sermones y otros

trabajos literarios. Preparaba una *Historia de la Diócesis de Vetusta*, obra seria, original, que daría mucha luz á ciertos puntos oscuros de los anales eclesiásticos de España. De este libro, sin conocerlo, hablaba muy mal don Saturnino Bermúdez, cuando estaba un poco alegre, después de comer. Uno de sus secretos era, que «el Magistral merecía el nombre de sabio, pero no precisamente el de arqueólogo; nadie sirve para todo.»

Don Fermín escribía á la luz tenue y blanca del crepúsculo; la mañana estaba fresca; de vez en cuando, por vía de descanso, De Pas se entretenía en soplarse los dedos. Meditaba. Tenía los piés envueltos en un mantón viejo de su madre. Cubríale la cabeza un gorro de terciopelo negro, raído; la sotana, bordada de zurcidos, pardeaba de puro vieja, y las mangas de la chaqueta que vestía debajo de la sotana relucían con el brillo triste del paño muy rozado. Aquel traje sórdido, que tal contraste mostraba con la elegancia, riqueza y pulcritud que ante el mundo lucía el Magistral, desaparecía concluido el trabajo, al aproximarse la hora de las visitas probables. Entonces vestía don Fermín un cómodo, flamante y bien cortado balandrán, y en un rincón de la alcoba se escondía las zapatillas de orillo y el gorro con mugre; el zapato que admiraba Bismarck, el delantero, y el solideo que brillaba como un sol negro, ocupaban los respectivos extremos del importante personaje.

En su despacho sólo recibía á los que quería deslumbrar por sabio; en Vetusta y toda su provincia la sabiduría no deslumbraba á casi nadie, y así la mayor parte de las visitas pasaban al salón inmediato.

Pocos podían jactarse de conocer la casa del Provisor de arriba abajo; casi nadie había visto más que el vestíbulo, la escalera, un pasillo, la antesala, y el salón de cortinaje verde y sillería con funda de tela gris; y aun

el salón medio se veía porque estaba poco menos que á oscuras.

Uno de los argumentos que empleaban los que defendían la honradez del Provisor, consistía en recordar la modestia de su ajuar y de su vida doméstica.

Justamente se había hablado de esto la tarde anterior en el Espolón, en un corrillo de murmuradores, clérigos unos, seglares otros.

—Entre su madre y él, puede que no gasten doce mil reales al año—decía muy serio Ripamilán, el venerable Arcipreste.—Él viste bien, eso sí, con elegancia, hasta con lujo, pero conserva mucho tiempo la ropa, la cuida, la cepilla bien, y esta partida del presupuesto viene á ser insignificante. Recuerden Vds., señores, lo que nos duraba un sombrero de teja en los ominosos tiempos en que no nos pagaba el Gobierno. Y en lo demás, ¿qué gastan? Doña Paula con su hábito negro de Santa Rita, total estameña, su mantón apretado á la espalda, y su pañuelo de seda para la cabeza, bien pegado á las sienes, ya está vestida para todo el año. ¿Y comer? Yo no les he visto comer, pero todo se sabe; el catedrático de Psicología, Lógica y Ética, que saben Vds. que es muy amigo mío, aunque partidario de no sé qué endiablada escuela escocesa, y que se pasa la vida en el mercado cubierto, como si aquello fuese la Etoa ó la Academia, pues ese filósofo dice que jamás ha visto á la criada del Provisor comprar salmón, y besugo sólo cuando está barato, muy barato. Pues ¿y la casa? La casa, todos Vds. lo saben, es una cabaña limpia, es la casa de un verdadero sacerdote de Jesús. Lo mejor es lo que conocemos todos, el salón; y válgate Dios por salón! Á la moda del rey que rabió: solemne, pulcro, eso sí; ¡pero qué de trampas tapa aquella oscuridad! ¿Quién nos dice que las sillas de damasco verde no tienen abiertas las entrañas? ¿Las han visto Vds. alguna vez sin funda? ¿Y la con-

sola panzuda, antiquísima, de un dorado que fué, con su reloj de música sin música y sin cuerda? Señores, no se me diga: el Magistral es pobre y cuanto se murmura de cohechos y simonías es infame calumnia.

—Todo eso es verdad—contestó Foja, el ex-alcalde usurero, que estaba presente siempre en conversaciones de este género. Parecía ubicuo para murmurar. —No se puede negar que viven como miserables, pero lo mismo hace el señor Carraspique y ese es millonario. Los avaros siempre son los más ricos. Para tener dinero, tenerlo. Doña Paula esconde su gato, ¡un gatazo! ¿Y las casas que compra el Magistral por esos pueblos? ¿Y las fincas que ha adquirido doña Paula en Matalejo, en Toraces, en Cañedo, en Somieda? ¿Y las acciones del Banco?

—¡Calumnia, pura calumnia! Vd. no ha visto las escrituras; Vd. no ha visto las pólizas; Vd. no ha visto nada...

—Pero sé quien lo ha visto.

—¿Quién?

—El mundo entero!—gritó don Santos Barinaga, que siempre acudía á maldecir de su mortal enemigo el Provisor.—El mundo entero!... Yo... yo... ¡Si yo hablara!... pero ya hablaré!

—Bah, bah, bah, don Santos; Vd. no puede ser juez ni testigo en este proceso.

—¿Por qué?

—Porque Vd. aborrece al Magistral.

—Claro que sí...—Y enseñaba los puños apretados. —Y ya me las pagará!

—Pero Vd. le aborrece por aquello de «¿quién es tu enemigo? El de tu oficio.» Vd. vende objetos del culto: cálices, patenas, vinajeras, lámparas, sagrarios, casullas, cera y hasta hostias...

—Sí señor; y á mucha honra, señor Arcipreste.

—Hombre, eso ya lo sé; pero Vd. vende eso y...

—Hola! hola!—interrumpió Foja.—Preciosa confesión! Dato precioso! Don Cayetano confiesa que don Santos y don Fermín son enemigos porque son del mismo oficio. Luego reconoce el eminente Ripamilán que es cierto lo que dice el mundo entero: que, contra las leyes divinas y humanas, el Magistral es comerciante, es el dueño, el verdadero dueño de *La Cruz Roja*, el bazar de artículos de iglesia, al que por fas ó por nefas todos los curas de todas las parroquias del obispado han de venir *velis nolis* á comprar lo que necesitan y lo que no necesitan.

—Permitame Vd., señor Foja ó señor diablo...

—Y el vulgo, es claro, es malicioso; y como da la picara casualidad de que *La Cruz Roja* ocupa los bajos de la casa contigua á la del Provisor; y como da la picarísima casualidad de que sabemos todos que hay comunicación por los sótanos, entre casa y casa...

—Hombre, no sea Vd. barullón ni embustero.

—Poco á poco, señor canónigo, yo no soy barullero, ni miento, ni soy oscurantista, ni admito ancas de nadie y menos de un cura.

—No será Vd. oscurantista, pero tiene la mollera á oscuras para todo lo que no sea picardía. ¿Qué tiene que ver que al señor Barinaga, al bueno de don Santos, se le haya metido en la cabeza que su comercio de quincalla y cera va á menos por una competencia imaginaria que, según él, le hace el Provisor? ¿Qué tiene que ver eso, alma de cántaro, con que el bazar, como lo llama, de *La Cruz Roja*, tenga sótanos y el Magistral sea comerciante aunque lo prohiban los cánones y el Código de comercio? Sea Vd. liberal, que eso no es ofender á Dios, pero no sea Vd. un boquirroto y mire más lo que dice.

—Oiga Vd., don Cayetano; ni la edad, ni el ser aragonés, le dan á Vd. derecho para desvergonzarse...

—Poco ruido! Poco ruido! señor Fierabrás—repuso el canónigo terciando el manteo.

Es de advertir que el tono de broma en que estas palabras fuertes se decían les quitaba toda gravedad y aire de ofensa. En Vetusta el buen humor consiste en soltarse pullas y *frescas* todo el año, como en perpetuo carnaval, y el que se enfada desentona y se le tiene por mal educado.

—Es que yo—gritó el ex-alcalde—mato un canónigo como un mosquito...

—Ya lo supongo; con alguna calumnia. Venga usted acá, viborezno libre-pensador, Voltaire de monterilla, Lutero con cascabeles, según ese disparatado modo de pensar que usa vucencia, también se podrá asegurar lo que dice el vulgo de los préstamos del Magistral al veinte por ciento.

—*Non capisco*—respondió el ex-alcalde, que sabía italiano de óperas.

—Si me entiende Vd., pero hablaré más claro. ¿No es Vd. otro libelo infamatorio con lengua y piés—que viera yo cortados—de los muchos que sacrifican la honra del Magistral? Pues si don Santos le maldice porque le roba los parroquianos de su tienda de quincalla, usted le aborrecerá por lo de la usura; ¿quién es tu enemigo?

—Poco á poco, señor Ripamilán, que se me sube el humo á las narices.

—Dirá Vd. que se le baja, porque lo tiene Vd. en lugar de sesos.

—Me ha llamado Vd. usurero!

—Eso; clarito.

—Yo empleo mi capital honradamente, y ayudo al empresario, al trabajador; soy uno de los agentes de la industria y recojo la natural ganancia... Estas son habas contadas; y si estos curas de misa y olla que ahora se usan, supieran algo de algo, sabrían que la

Economía Política me autoriza para cobrar el anticipo, el riesgo y, cuando hay caso, la prima del seguro...

—Del seguro se va Vd., señor economista cascaci-ruelas...

—Yo contribuyo á la circulación de la riqueza...

—Como una esponja á la circulación del agua...

—Y los curas son los zánganos de la colmena social...

—Hombre, si á zánganos vamos...

—Los curas son los mostrencos...

—Si á mostrencos vamos, conocía yo un alcaldito en tiempos de la *Gloriosa*...

—¿Qué tiene Vd. que decir de la *Gloriosa*? Me parece que la Revolución le hizo á Vd. Ilustrísimo Señor...

—¡Hizo un cuerno! Me hicieron mis méritos, mis trabajos, mis... ¡seor ciruelo!

—Déjese Vd. de insultos y explique por qué he de ser yo enemigo personal del Provisor. ¿Reparto yo dinero por las aldeas al treinta por ciento? Y el dinero que yo presto ¿procede de capellanías *cuyo soy* el depositario sin facultades para lucrar con el interés del depósito? ¿Mis rentas proceden de los cristianos bobalicones que tienen algo que ver con la curia eclesiástica? ¿Robo yo en esos montes de Toledo que se llaman *Palacio*?

—De manera, que si Vd. empieza á disparatar y á pasarse á mayores, yo le dejo con la palabra en la boca...

—Con Vd. no va nada, don Cayetano ó don Fuguilas; Vd. podrá ser un viejecito verde, pero no es un... un Magistral... un Provisor... un Candelas eclesiástico.

Todos los presentes, menos don Santos, convinieron en que aquello era demasiado fuerte:

—¡Hombre, un Candelas!...

Don Santos Barinaga gritó:

—No señores, no es un Candelas, porque aquel espejo de ladrones caballerosos era muy generoso, y robaba con exposición de la vida.

Además, robaba á los ricos y daba á los pobres.

—Sí, desnudaba á un santo para vestir á otro.

—Pues el Provisor desnuda á todos los santos para vestirse él. Es un pillo, á fe de Barinaga, un pillo que ya sé yo de qué muerte va á morir.

Barinaga olía á aguardiente. Era el olor de su bilis.

Don Cayetano se encogió de hombros y dió media vuelta. Y mientras se alejaba iba diciendo:

—Y estos son los liberales que quieren hacernos felices... Y ahora rabian porque no les dejan decir esas picardías en los periódicos...

Conversaciones de este género las había á diario en Vetusta; en el paseo, en las calles, en el Casino, hasta en la sacristía de la Catedral.

De Pas sabía todo lo que se murmuraba. Tenía varios espías, verdaderos esbirros de sotana. El más activo, perspicaz y disimulado, era el segundo organista de la catedral, que ya había sido delator en el seminario. Entonces iba al paraíso del teatro á sorprender á los aprendices de cura aficionados á Talía ó quien fuese. Era un presbítero joven, chato, favorito de la madre del Provisor doña Paula. Se apellidaba Campillo.

Á don Fermín no le importaba mucho lo que dijeran, pero quería saber lo que se murmuraba y á dónde llegaban las injurias.

No pensaba en tal cosa el Magistral aquella mañana fría de octubre, mientras se soplaba los dedos meditando.

Una cosa era lo que debiera estar pensando y otra lo que pensaba sin poder remediarlo. Quería buscar dentro de sí fervor religioso, acendrada fe, que necesitaba para inspirarse y escribir un párrafo sonoro,

rotundo, elocuente, con la fuerza de la convicción; pero la voluntad no obedecía y dejaba al pensamiento entretenerse con los recuerdos que le asediaban. La mano fina, aristocrática, trazaba rayitas paralelas en el margen de una cuartilla, después, encima, dibujaba otras rayitas, cruzando las primeras; y aquello semejaba una celosía. Detrás de la celosía se le figuró ver un manto negro y dos chispas detrás del manto, dos ojos que brillaban en la oscuridad. ¡Y si no hubiese más que los ojos!

—«¡Pero aquella voz! Aquella voz transformada por la emoción religiosa, por el pudor de la castidad que se desnuda sin remordimiento, pero no sin vergüenza ante un confesonario!..»

«¿Qué mujer era aquella? ¿Había en Vetusta aquel tesoro de gracias espirituales, aquella conquista reservada para la Iglesia, y él, el amo espiritual de la provincia, no lo había sabido antes?»

El pobre don Cayetano era hombre de algún talento para ciertas cosas, para lo formal, para las superficialidades de la vida mundana; pero ¿qué sabía él de dirigir un alma como la de aquella señora?

Don Fermín no perdonaba al Arcipreste el no haberle entregado mucho antes aquella joya que él, Ripamilán, no sabía apreciar en todo su valor. Y gracias que, por pereza, se había decidido á dejarle aquel tesoro.

Don Cayetano le había hablado con mucha seriedad de la Regenta.

—«Don Fermín—le había dicho—Vd. es el único que podrá entenderse con esta hija mía querida, que á mí iba á volverme loco si continuaba contándome sus aprensiones morales. Soy viejo ya para esos trotes. No la entiendo siquiera. Le pregunto si se acusa de alguna falta y dice que eso no. ¿Pues entonces? y sin embargo, dale que dale. En fin, yo no sirvo para estas

cosas. Á Vd. se la entrego. Ella, en cuanto le indiqué la conveniencia de confesar con Vd. aceptó, comprendiendo que yo no daba más de mí. No doy, no. Yo entiendo la religión y la moral á mi manera; una manera muy sencilla... muy sencilla... Me parece que la piedad no es un rompe-cabezas... En suma, Anita—ya sabe Vd. que ha escrito versos—es un poco romántica. Eso no quita que sea una santa; pero quiere traer á la religión el romanticismo, y yo ¡guarda, Pablo! no me encuentro con fuerzas para librarla de ese peligro. Á Vd. le será fácil.»

El Arcipreste se había acercado más al Provisor, y estirando el cuello, de puntillas, como pretendiendo, aunque en vano, hablarle al oído, había dicho después:

—«Ella ha visto visiones... pseudo-místicas... allá en Loreto... al llegar la edad... cosa de la sangre... al ser mujercita, cuando tuvo aquella fiebre y fuimos á buscarla su tía doña Anuncia y yo. Después... pasó aquello y se hizo literata... En fin, Vd. verá. No es una señora como estas de por aquí. Tiene mucho tesón; parece una malva, pero otra le queda; quiero decir, que se somete á todo, pero por dentro siempre protesta. Ella misma se me ha acusado de esto, que conocía que era orgullo. Aprensiones. No es orgullo; pero resulta de estas cosas que es desgraciada, aunque nadie lo sospeche. En fin, Vd. verá. Don Víctor es como Dios le hizo. No entiende de estos perfiles; hace lo que yo. Y como no hemos de buscarle un amante para que desahogue con él—aquí volvió á reir don Cayetano—lo mejor será que Vds. se entiendan.»

El Magistral al recordar este pasaje del discurso del Arcipreste se acordó también de que él se había puesto como una amapola.

«¡Lo mejor será que Vds. se entiendan!» En esta frase que don Cayetano había dicho sin asomos de

malicia, encontraba don Fermín motivo para meditar horas y horas.

Toda la noche había pensado en ello. Algún día ¿llegarían á entenderse? ¿Querría doña Ana abrirle de par en par el corazón?

El Magistral conocía una especie de Vetusta subterránea: era la ciudad oculta de las conciencias. Conocía el interior de todas las casas importantes y de todas las almas que podían servirle para algo. Sagaz como ningún vetustense, clérigo ó seglar, había sabido ir poco á poco atrayendo á su confesonario á los principales creyentes de la piadosa ciudad. Las damas de ciertas pretensiones habían llegado á considerar en el Magistral el único confesor de buen tono. Pero él escogía hijos é hijas de confesión. Tenía habilidad singular para desechar á los importunos sin desairarlos. Había llegado á confesar á quién quería y cuándo quería. Su memoria para los pecados ajenos era portentosa.

Hasta de los morosos que tardaban seis meses ó un año en acudir al tribunal de la penitencia, recordaba la vida y flaquezas. Relacionaba las confesiones de unos con las de otros, y poco á poco había ido haciendo el plano espiritual de Vetusta, de Vetusta la noble; desdeñaba á los plebeyos, si no eran ricos, poderosos, es decir, nobles á su manera. La *Encimada* era toda suya; la *Colonia* la iba conquistando poco á poco. Como los observatorios meteorológicos anuncian los ciclones, el Magistral hubiera podido anunciar muchas tempestades en Vetusta, dramas de familia, escándalos y aventuras de todo género. Sabía que la mujer devota, cuando no es muy discreta, al confesarse delata flaquezas de todos los suyos.

Así, el Magistral conocía los deslices, las manías, los vicios y hasta los crímenes á veces, de muchos señores vetustenses que no confesaban con él ó no confesaban con nadie.